

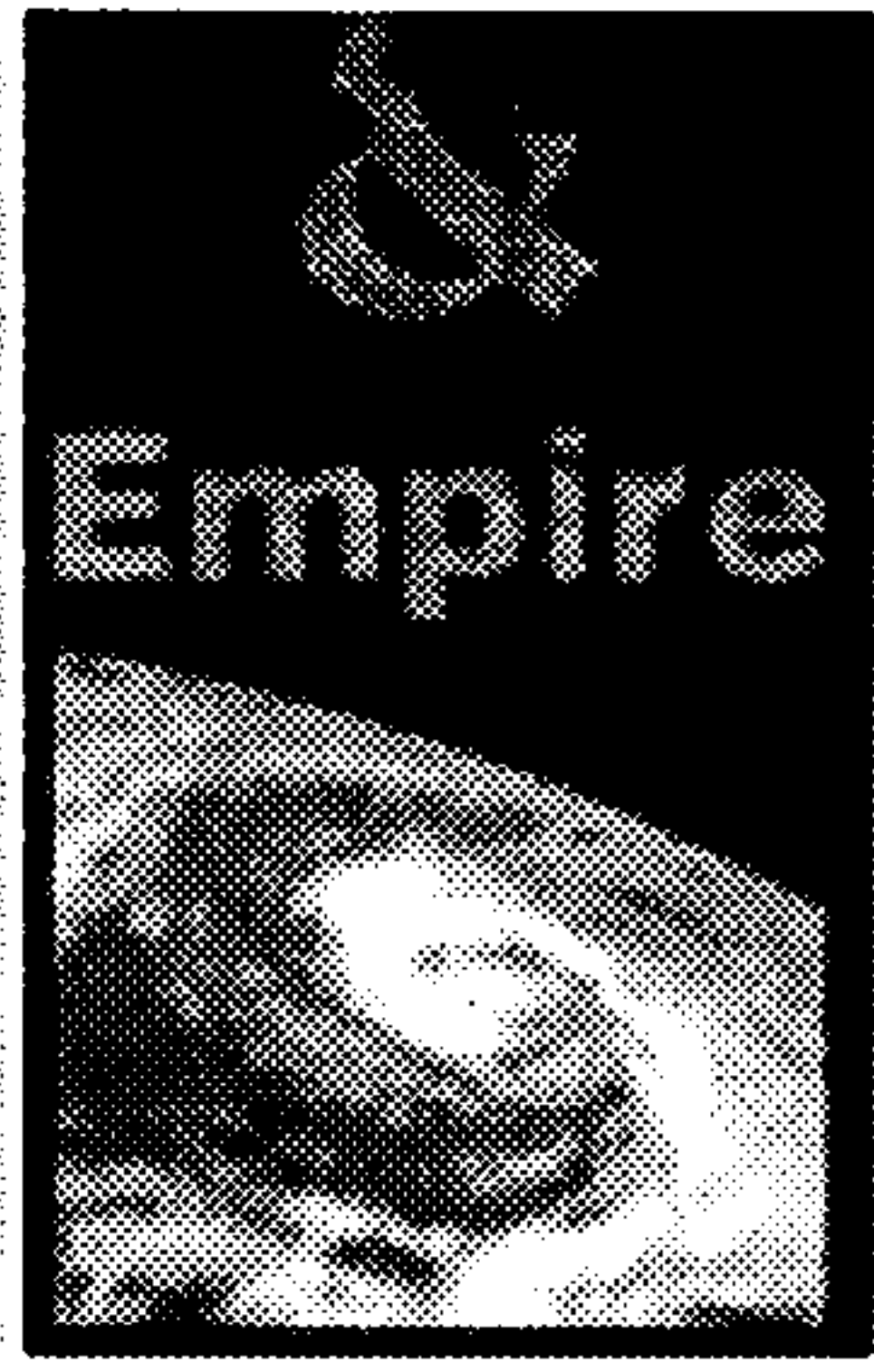
Imperio

Michael Hardt y Antonio Negri (2002), Paidós, España, pp. 432

Jesús Alberto Rodríguez Alonso

En medio de la babel que los comentaristas y críticos han construido en torno este libro, valdría la pena ensayar una lectura teórica, menos cargada de pasiones políticas. La idea central del texto consiste en la descripción de la globalización capitalista como el paso del imperalismo al imperio, de la soberanía nacional a la suprasoberanía. Este proceso es figurado mediante un enunciado que bien podría ser el principio del libro. Dicen los autores: “Es medianoche en una noche de espectros”.

La imagen es un juego retórico que Hardt y Negri utilizan para prolongar el sentido emancipatorio de las primeras líneas del Manifiesto Comunista de Marx y Engels, y por supuesto, una referencia al polémico libro de Jacques Derrida titulado “Espectros de Marx”. La medianoche representa la incertidumbre del imperio que se ha configurado para la acumulación mundial del capital y los espectros son: los capitalistas que controlan la produc-



ción imperial de mercancías y subjetividades sociales, tanto como las múltiples resistencias antiglobalistas de lo que los autores han conceptualizado como “multitud”.

La configuración del Imperio es analizada por Hardt y Negri, mediante un método crítico y deconstructivo. Asimismo, mediante una perspectiva constructiva y ética con sentido práctico. El análisis de estos comunistas que repudian el capitalismo y el socialismo burocrático –tal como se autodescriben– está interesada en una recuperación del legado crítico y posmoderno para el análisis de la globalización económica. Esta observación compleja desarrolla una genealogía del imperio a partir de las leyes internacionales, puesto que supone que éstas representan un catálogo de las transformaciones de aquél.

Para Hardt y Negri, el Imperio es “una máquina”, “un sistema”, “un régimen” que: a) produce mercancías y subjetividades sociales, b) opera policia-

La imagen es un juego retórico que Hardt y Negri utilizan para prolongar el sentido emancipatorio de las primeras líneas del Manifiesto Comunista de Marx y Engels, y por supuesto, una referencia al polémico libro de Jacques Derrida titulado “Espectros de Marx”. La medianoche representa la incertidumbre del imperio que se ha configurado para la acumulación mundial del capital y los espectros son: los capitalistas que controlan la produc-

camente, c) condensa una multiplicidad de poderes locales, d) se legitima mediante los medios de comunicación e) carece de fronteras temporales y espaciales, y f) tiene redes globales. Esta máquina sistémica se manifiesta en una suprasoberanía que hegemonizan los estadounidenses por su posición privilegiada en él, pero no puede reducirse al poder de un solo país. La función de los estadounidenses como policías del mundo es una posición dentro del Imperio. El control policiaco del mundo, legitimado por los enunciados de “la guerra justa”, es sólo el complemento del control bio-político de la población mundial. La policía es la continuación de la biopolítica por otros medios.

Al contrario, la “multitud” es: a) una subjetividad productiva, b) una máquina deseante de libertad, c) una subjetividad rebelde que se opone a la explotación, d) una fuerza que por su dispersión, incomunicación y mutabilidad, sólo resiste, por ahora, a pesar de que puede llegar a estructurar un contraimperio. La “multitud” tiene futuro porque el Imperio “crea un potencial mayor para la revolución”. El imperio—dicen—está “ineludiblemente asociado a su decadencia”. Esta expresión, sin duda es un eco del conocido enunciado del Manifiesto Comunista de Marx y Engels que decía: “El comunismo es inexorable”.

En tales circunstancias, los espec-

tros se encuentran a la medianoche que anuncia el amanecer. El capitalismo se caracteriza por una “globalización irreversible” de la economía de servicios informatizados. La globalización expande la sociedad imperial caracterizada por el racismo como inclusión diferencial y subordinada de los diferentes, por la automatización de la producción de mercancías y subjetividades, por el control constitucional supranacional, disciplinario y biopolítico de la población, por el espectáculo político y por la reducción del pensamiento a la computación.

Hardt y Negri han decidido llamar “posmodernidad a este conjunto de procesos y su interés principal se dirige a la crítica radical de la posmodernización de la economía global”. Para el análisis crítico y deconstructivo, pero también para la construcción ética del contraimperio, los autores se deslindan de los discursos posmodernos para recuperar sólo de algunos de ellos una serie de insumos para realizar su “crítica revolucionaria”. Al respecto sostienen, con el apoyo de Frederic Jameson: a) los discursos posmodernos son la lógica inmaterial del capital, b) algunos discursos posmodernos anticipan la crítica del imperio de manera vaga y confusa, c) los discursos posmodernos y poscolonialistas “pueden terminar en un

punto muerto porque no reconocen adecuadamente el objeto contemporáneo de su crítica”. Es un deslinde duro, pero da lugar a la inclusión porque conceden una utilidad al discurso de algunos posmodernos: “no queremos sugerir que [...] son una especie de lacayos del capital global”.

Para Hardt y Negri los discursos posmodernos deben ser incluidos en una perspectiva comunista y revolucionaria para la crítica de la globalización. Para ellos la “sensibilidad crítica posmoderna es extremadamente importante porque constituye la proposición [...] de una ruptura con todo el desarrollo de la soberanía moderna”. En esa lógica, la observación de los autores subordina las contribuciones de algunos autores posmodernos — Francois Lyotard, Jean Baudrillard y Jacques Derrida— al proyecto de escribir lo que Marx

no pudo redactar de su plan de obra sobre “El Capital”, para continuar “la crítica revolucionaria de todo lo existente” de los clásicos marxistas y para liberar el deseo de la “irrefrenable levedad y dicha de ser comunista”.

En este proyecto la táctica consiste en “golpear el corazón del Imperio”, mediante una reinención de la teleología materialista de Spinoza y la asunción de la ética franciscana para una nueva militancia posmoderna. El proyecto ético-político de Hardt y Negri es comunista y dice sujetarse a la defensa de un “republicanismo posmoderno” que puede resumirse en los siguientes puntos: a) una ciudadanía global, b) un salario social, c) acceso a la información y el conocimiento y, d) auto-organización política. Un contraimperio de este mundo.